



**Latitud 27**

**Revista de artes y ciencias sociales**

Universidad Nacional de Santiago del Estero

<https://latitud27.unse.edu.ar>

## **Cuando Sherlock Holmes y Hercule Poirot anduvieron por Santiago del Estero**

**Juan Manuel Aragón**

Editor de [ramirezdevelazco.blogspot](http://ramirezdevelazco.blogspot)

“Vidas ajenas”, el último libro de Carlos Virgilio Zurita, se lee de una sentada. Quizás porque, en algunos pasajes, está escrito con esa naturalidad de las cosas que se dicen al oído, como un secreto compartido o un rumor que va pasando de boca en boca, con ese sabor propio de los chismes contados entre amigos. Tiene la textura de lo que no se escribe para impresionar, sino para ser escuchado. “Mirá vos, no sabía por qué él era así”, tiene ganas de decir uno al cerrar cada cuento, con esa mezcla de sorpresa y complicidad que deja una buena historia bien contada.

El volumen está prologado por Pablo De Santis: son relatos que transitan entre el género policial y el realismo fantástico. Las atmósferas, las miradas, la escritura son personalísimas (en un caso, que la voz del narrador lo sea en segunda persona). Inclusive Zurita se da el lujo de cruzar la mitología universal con el paisaje local: resulta fascinante —y extrañamente natural— ver a Sherlock Holmes resolviendo un enigma económico en tierras santiagueñas por pedido de Scotland Yard, o a Hercule Poirot departiendo en la casa de Don Ricardo Rojas sobre investigaciones célebres y literatura argentina.

No es, por supuesto, un libro maniqueo. No hay buenos de un lado y malos del otro, como si se tratara de un ring moral en que el escritor reparte medallas y castigos. Zurita no construye personajes de cartón ni recurre a esquemas rígidos; más bien, se mueve en esos grises tan humanos en los que conviven ternura y crueldad, grandezas pequeñas y mezquindades enormes. Eso, que parece tan simple, es en realidad lo más difícil de lograr: que los personajes respiren por sí mismos.

Hay dos presencias que, como hilos invisibles, atraviesan toda la obra. Una es Santiago del Estero, su tierra. No necesita largas descripciones para estar presente: en algunos cuentos alcanza con dos o tres pinceladas precisas para que la provincia emerja, con su ritmo lento, sus veredas, sus patios, sus calles en las que siempre pasa algo sin que suceda nada. La otra es Anita, el amor de su vida, que se cuelga en varios relatos, escondida a veces en los gestos de un personaje femenino, en otras bajo su nombre velado, pero sobre todo visible —y conmovedoramente reconocible— en el último cuento, “Dama desaparecida en Manhattan”. Señalar su presencia es casi una verdad de Perogrullo: está ahí, como una mirada dulce detrás de las palabras.

Quizás dentro de doscientos años, cuando se analice la obra completa de Carlos Virgilio Zurita, los estudiosos busquen los rastros de esa ciudad que entrevé en sus cuentos, y también los ojos celestes de ella, constantes como la sombra de un árbol en la vereda de la puerta de su casa. Esos dos elementos —el territorio y el amor— se

vuelven las marcas silenciosas de un universo narrativo personalísimo, reconocible incluso sin firma.

Esta crónica llega algo demorada, y no por desinterés, sino por todo lo contrario. No se quería caer en el lugar común de hacer un resumen apurado de cada cuento, enumerando títulos, evitando revelar finales, cuidando giros de trama. ¿Qué gracia tendría eso, oiga? Los buenos libros no se explican: se leen. Y “Vidas ajenas” es, ante todo, un libro que se deja leer con placer y que, cuando termina, deja una música de fondo.

Lo que sí se puede decir —sin arruinar la lectura a nadie— es que en cada relato cabe una novela, o al menos el esqueleto sólido de una gran película de suspenso. Zurita tiene esa rara virtud de condensar mundos enteros en pocas páginas: lo justo y necesario para que el lector complete, imagine, participe. No escribe para deslumbrar, sino para atrapar sin que uno lo note.

El universo que construye en cada cuento es preciso y cerrado, como pedía Horacio Quiroga en su célebre decálogo: un organismo narrativo perfecto, que respira por sí mismo y cuyo pulso se acelera hacia la última línea. Es ahí cuando Zurita brilla: en el remate. Y no siempre es el que el lector espera. De hecho, a veces es exactamente lo contrario, y en eso reside buena parte de su fuerza.

Hay relatos que se deslizan como si fueran susurros, y otros que estallan con la contundencia de una frase final que se queda dando vueltas mucho después de cerrar el libro. Hay personajes que parecen cruzarse de un cuento a otro, como si se reconocieran en la penumbra. Hay gestos que se repiten, frases que reverberan, atmósferas que no se disuelven fácilmente. Zurita escribe como quien escucha primero y luego cuenta.

Y si hay algo que hace distinto a “Vidas ajenas”, es que no necesita gritar para ser oído. No es un libro que golpee la mesa: es uno que se queda. Sus historias, breves y certeras, tienen la temperatura justa para habitar el olvido del lector con la persistencia de la memoria. Como los chismes verdaderos, de esos que no se olvidan, aunque se guarden en silencio.

En suma, lo bueno —o lo malo— de este libro es que apenas tiene 190 páginas. Y como ocurre con todas las obras realmente grandes, quienes lo lean no quedarán saciados: quedarán con hambre. Hambre de más historias, de más personajes, de más Zurita.